



Los toltecas

Hace miles de años los toltecas eran conocidos en todo el sur de México como «mujeres y hombres de conocimiento». Los antropólogos han definido a los toltecas como una nación o una raza, pero, de hecho, eran científicos y artistas que formaron una sociedad para estudiar y conservar el conocimiento espiritual y las prácticas de sus antepasados. Formaron una comunidad de maestros (naguales) y estudiantes en Teotihuacan, la antigua ciudad de las pirámides en las afueras de Ciudad de México, conocida como el lugar en el que «el hombre se convierte en Dios». A lo largo de los milenios los naguales se vieron forzados a esconder su sabiduría ancestral y a mantener su existencia en secreto. La conquista de los europeos, sumada a un agresivo mal uso del poder per-

sonal por parte de algunos aprendices, hicieron necesario proteger el conocimiento de aquellos que no estaban preparados para utilizarlo con buen juicio o que hubieran podido usarlo mal intencionadamente para obtener un beneficio propio.

Por fortuna, el conocimiento esotérico tolteca fue conservado y transmitido de una generación a otra por distintos linajes de naguales. Aunque permaneció en secreto durante cientos de años, las antiguas profecías vaticinaban que llegaría el momento en el que sería necesario devolver la sabiduría a la gente. Ahora, don Miguel Ruiz y don Jose Ruiz (naguales del linaje de los Guerreros del Águila) han sido guiados para compartir con nosotros las poderosas enseñanzas de los toltecas.

La sabiduría tolteca surge de la misma unidad esencial de la verdad de la que parten todas las tradiciones esotéricas sagradas del mundo. Aunque no es una religión, respeta a todos los maestros espirituales que han enseñado en el mundo y, si bien adopta el espíritu, resulta más preciso describirla como una manera de vivir que se caracteriza por facilitar el acceso a la felicidad y el amor.



Introducción

de don Miguel Ruiz

Los Cuatro Acuerdos fue publicado hace muchos años. Si has leído el libro, ya sabes lo que estos acuerdos pueden conseguir. Tienen la capacidad de transformar tu vida al romper miles de acuerdos limitadores que has hecho contigo mismo, con otras personas, con la *vida* misma.

La primera vez que lees *Los Cuatro Acuerdos*, su magia empieza a obrar. Alcanza una profundidad mucho mayor que las palabras que lees. Sientes que ya conoces todas las palabras del libro. Lo sientes, pero quizá nunca llegaste a expresarlo con palabras. La primera vez que lees el libro, éste desafía tus creencias y te lleva al límite de tu entendimiento. Rompes muchos acuerdos limitadores y superas muchos retos, pero entonces descubres nuevos desafíos. Cuando lees el libro por segunda vez, parece

como si estuvieses leyendo un libro completamente diferente, porque los límites de tu comprensión ya se han ensanchado. Una vez más, te conduce a una conciencia más profunda de ti mismo y alcanzas el límite que es posible alcanzar en ese momento. Y cuando lees el libro por tercera vez, es sencillamente como si estuvieras leyendo otro libro.

Igual que la magia, porque *son* mágicos, los Cuatro Acuerdos te ayudan a recuperar lentamente tu auténtico yo. Con la práctica, estos sencillos cuatro acuerdos te llevan a lo que *realmente* eres, no a lo que finges ser, y ahí es exactamente donde quieres estar: en lo que realmente eres.

Los principios de *Los Cuatro Acuerdos* hablan al corazón de todos los seres humanos, desde los jóvenes hasta los ancianos. Hablan a la gente de distintas culturas de todo el mundo: a gente que habla distintas lenguas, a gente cuyas creencias religiosas y filosóficas son enormemente diferentes. Han sido educados en distintos tipos de escuelas, desde las escuelas primarias hasta los institutos de enseñanza secundaria y las universidades. Los principios de *Los Cuatro Acuerdos* llegan a todo el mundo porque son puro sentido común.

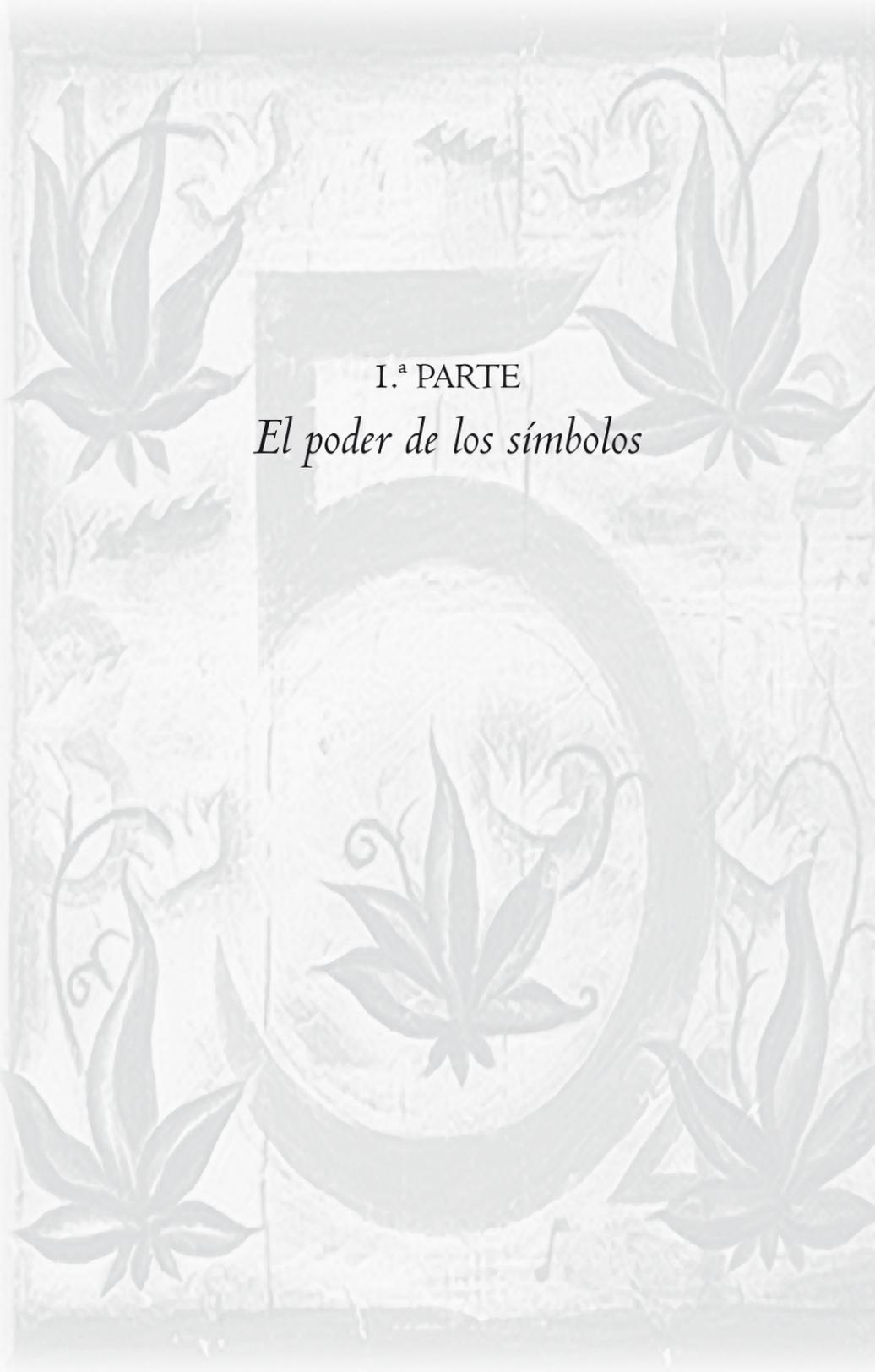
Ahora ha llegado el momento de brindar otro regalo: *el quinto acuerdo*. El quinto acuerdo no fue incluido

en mi primer libro porque los primeros Cuatro Acuerdos ya constituían un desafío bastante grande en aquel momento. El quinto acuerdo está hecho con palabras, por supuesto, pero su significado y su intención van más allá de las palabras. El quinto acuerdo consiste, en definitiva, en ver toda tu realidad con los ojos de la verdad, *sin* palabras. El resultado de poner en práctica el quinto acuerdo es la aceptación completa de ti mismo exactamente como eres y la aceptación completa de todos los demás exactamente como son. La recompensa es tu felicidad eterna.

Hace muchos años empecé a enseñar algunos de los conceptos de este libro a mis aprendices, pero llegó un momento en que dejé de hacerlo porque nadie parecía entender lo que intentaba decir. Aunque compartí el quinto acuerdo con mis aprendices, descubrí que nadie estaba preparado para asimilar las enseñanzas subyacentes a este acuerdo. Años después, mi hijo, don Jose, empezó a compartir esas mismas enseñanzas con un grupo de estudiantes y tuvo éxito allí donde yo había fracasado. Tal vez la razón por la cual don Jose triunfó fue porque tenía una fe absoluta en compartir el mensaje. Su misma presencia expresó la verdad y desafió las creencias de las personas que asistían a sus clases. Cambió enormemente sus vidas.

Don Jose Ruiz ha sido mi aprendiz desde niño, desde que aprendió a hablar. Me honra presentar a mi hijo en este libro así como presentar la esencia de las enseñanzas que transmitimos juntos durante un período de siete años.

A fin de conseguir que el mensaje sea lo más personal posible, y dando continuidad a la voz en primera persona utilizada en los libros anteriores de la serie de Sabiduría Tolteca, hemos decidido presentar *El quinto acuerdo* con el mismo estilo de escritura en primera persona. En este libro le hablamos al lector con una sola voz y con un solo corazón.

The background of the page is a light, textured surface with a repeating pattern of stylized, five-petaled flowers and scrolling vines. The flowers have long, narrow leaves and are arranged in a grid-like fashion. The overall aesthetic is classic and elegant.

I.^a PARTE

El poder de los símbolos



I

Al principio Todo está en el programa

Desde el momento en que naces, transmites un mensaje al mundo. ¿Cuál es ese mensaje? El mensaje eres *tú*, ese niño. Es la presencia de un *ángel*, un mensajero del infinito en un cuerpo humano. El infinito, un poder absoluto, crea un programa sólo para ti y todo lo que necesitas para ser lo que eres está en el programa. Naces, creces, te emparejas, envejeces y al final retornas al infinito. Cada célula de tu cuerpo constituye un universo propio. Es inteligente, es completa y está programada para ser lo que quiera que sea.

Tú estás programado para ser *tú*, seas lo que seas, y lo que tu mente *piense* que eres no afecta en lo más mínimo al programa. El programa no está en la mente pensante. Está en el cuerpo, en lo que denominamos el ADN, y al

principio instintivamente sigues su sabiduría. Cuando eres un niño pequeño, sabes lo que te gusta, lo que no te gusta, cuándo te gusta y cuándo no. Sigues lo que te gusta y tratas de evitar lo que no te gusta. Sigues tus instintos y esos instintos te guían para ser feliz, para disfrutar de la vida, para jugar, para amar, para satisfacer tus necesidades. Pero luego ¿qué es lo que ocurre?

Tu cuerpo empieza a desarrollarse, tu mente empieza a madurar y tú empiezas a utilizar símbolos para transmitir tu mensaje. Del mismo modo que los pájaros comprenden a los pájaros y que los gatos comprenden a los gatos, los seres humanos comprenden a los seres humanos a través de una simbología. Si nacieses en una isla y vivieses solo, quizá tardarías diez años, pero darías un nombre a todas las cosas que vieras y utilizarías ese lenguaje para comunicar un mensaje, aunque sólo estuviese destinado a ti mismo. ¿Por qué harías algo así? Bien, es fácil de entender y no es porque los seres humanos seamos tan inteligentes. Es porque estamos programados para crear un lenguaje, para inventar una simbología completa destinada a nosotros mismos.

Como sabes, en todo el mundo los seres humanos hablan y escriben en miles de lenguas distintas. Los seres humanos han inventado todo tipo de símbolos no sólo para comunicarse con otros seres humanos sino,

aún más importante, para comunicarnos con nosotros mismos. Los símbolos pueden ser sonidos que emitimos al hablar, movimientos que hacemos o la escritura manual y otros signos de naturaleza gráfica. Existen símbolos para objetos, ideas, música y matemáticas, pero la introducción del sonido es simplemente el primer paso, lo que significa que aprendemos a utilizar los símbolos para hablar.

Los seres humanos que nos preceden ya tienen nombre para todo lo que existe y nos enseñan el significado de los sonidos. A esto lo llaman *mesa*; a aquello lo llaman *silla*. También tienen nombres para cosas que únicamente existen en la imaginación, como las sirenas o los unicornios. Cada palabra que aprendemos es un símbolo para algo real o imaginario y existen miles de palabras para aprender. Si observamos a niños de entre uno y cuatro años, comprobaremos el esfuerzo que hacen al tratar de aprender una simbología entera. Representa un gran esfuerzo del que normalmente no nos acordamos porque nuestra mente todavía no ha madurado, pero con la repetición y la práctica, finalmente aprendemos a hablar.

Una vez que aprendemos a hablar, los seres humanos que se ocupan de cuidarnos nos enseñan lo que saben y esto significa que nos programan con conocimientos. Los seres humanos con los que vivimos tienen una gran

cantidad de conocimientos que incluyen todas las reglas sociales, religiosas y morales de su cultura. Captan nuestra atención, nos transmiten la información y nos enseñan a ser como ellos. Aprendemos cómo ser un hombre o una mujer según la sociedad en la que nacemos. Aprendemos cómo comportarnos «correctamente» en nuestra sociedad, lo que significa cómo ser un «buen» ser humano.

En realidad, nos domestican de la misma manera en la que se domestica un perro, un gato o cualquier otro animal: a través de un sistema de castigos y premios. Nos dicen que somos un *niño bueno* o una *niña buena* cuando hacemos lo que los adultos quieren que hagamos; somos un *niño malo* o una *niña mala* cuando no hacemos lo que ellos quieren que hagamos. En ocasiones recibimos un castigo sin haber sido malos y en otras, somos premiados sin haber sido buenos. Por miedo a ser castigados o por miedo a no recibir una recompensa empezamos a tratar de complacer a otras personas. Intentamos ser buenos porque la gente mala no recibe recompensas y se la castiga.

En la domesticación de los seres humanos, nos imponen todas las reglas y los valores de nuestra familia y nuestra sociedad. No tenemos la oportunidad de escoger nuestras creencias; se nos dice qué creer y qué no creer. La gente con la que vivimos nos da su opi-

nión: lo que es bueno y lo que es malo, lo que es correcto y lo que es incorrecto, lo que es bonito y lo que es feo. Como si fuéramos un ordenador, nos descargan toda esa información en la cabeza. Somos inocentes; *creemos* lo que nuestros padres u otros adultos nos dicen; estamos *de acuerdo* con ellos y la información se almacena en nuestra memoria. Todo lo que aprendemos entra en nuestra mente por acuerdo, y permanece en nuestra mente por acuerdo, pero primero todo pasa por la atención.

La atención es de suma importancia en los seres humanos porque es la parte de la mente que nos permite concentrarnos en un único objeto o pensamiento dentro de una gran variedad de posibilidades. Mediante la atención, la información externa es transmitida al interior y viceversa. La atención es el canal que utilizamos para enviar y recibir mensajes de un ser humano a otro. Es como un puente entre una mente y otra; abrimos el puente con sonidos, signos, símbolos, con el tacto..., con cualquier acontecimiento que capte la atención. Así es como enseñamos y así es como aprendemos. Si no captamos la atención de alguien no es posible enseñarle nada, y no podemos aprender nada si no prestamos atención.

Mediante nuestra atención los adultos nos enseñan a crear una realidad entera en nuestra mente con el uso de símbolos. Tras enseñarnos una simbología a través

del sonido, los adultos nos entrenan repetidamente con nuestro alfabeto y entonces aprendemos gráficamente el mismo lenguaje. Nuestra imaginación empieza a desarrollarse, nuestra curiosidad se hace más fuerte y empezamos a hacer preguntas. Preguntamos y preguntamos y seguimos haciendo preguntas; reunimos información de todas partes. Y sabemos que finalmente tenemos maestría de una lengua cuando somos capaces de utilizar los símbolos para hablarnos a nosotros mismos en nuestra cabeza. Éste es el momento en el que aprendemos a *pensar*. Antes de este momento, no pensamos; imitamos sonidos y utilizamos símbolos para comunicarnos, pero la vida es sencilla antes de que atribuyamos un significado o una emoción a los símbolos.

Una vez que otorgamos un significado a los símbolos empezamos a utilizarlos para tratar de dar un sentido a todo lo que ocurre en nuestra vida. Utilizamos los símbolos para pensar en cosas que son reales y para pensar en cosas que no son reales, pero que empezamos a imaginar que lo son. Cosas como la belleza y la fealdad, la delgadez y la gordura, la inteligencia y la estupidez. Y si lo adviertes, sólo podemos pensar en un lenguaje que dominamos. Durante muchos años yo sólo hablaba español y tardé mucho tiempo en dominar suficientes símbolos en inglés para poder pensar en inglés. Ser

maestro en una lengua no es fácil, pero en un momento determinado, nos descubrimos *pensando* con los símbolos que aprendemos.

Cuando ya vamos a la escuela, a los cinco o seis años, entendemos el significado de conceptos abstractos como correcto e incorrecto, ganador y perdedor, perfecto e imperfecto. En la escuela continuamos el aprendizaje de la lectura y la escritura de los símbolos que ya sabemos y el lenguaje escrito nos permite acumular más conocimiento. Continuamos dando sentido a más y más símbolos hasta que pensar se convierte en algo que hacemos no sólo sin esfuerzo, sino automáticamente.

Ahora los símbolos que hemos aprendido captan nuestra atención por sí mismos. Lo que nos está hablando es lo que conocemos, y escuchamos lo que nuestro conocimiento nos dice. Yo lo denomino *la voz del conocimiento* porque el conocimiento nos está hablando en nuestra cabeza. En muchas ocasiones oímos la voz con distintas entonaciones; oímos la voz de nuestra madre, la de nuestro padre, las de nuestros hermanos y hermanas, y la voz no deja de hablar nunca. La voz no es real; es una creación nuestra. Pero *creemos* que es real porque le damos vida mediante el poder de nuestra fe, lo que significa que creemos, *sin ponerlo en duda*, lo que la voz nos está diciendo. Éste es el momento en el que las opi-

niones de los seres humanos que nos rodean empiezan a ocupar nuestra mente.

Todo el mundo tiene una opinión sobre nosotros y nos dice lo que somos. Cuando somos muy pequeños no sabemos lo que somos. El único modo en el que podemos vernos a nosotros mismos es a través de un espejo, y la gente desempeña el papel de ese espejo. Nuestra madre nos dice lo que somos y la creemos. Es algo completamente diferente de lo que nos dice nuestro padre, o de lo que nos dicen nuestros hermanos y hermanas, pero también estamos de acuerdo con ellos. La gente nos dice cuál es nuestro aspecto y esto es especialmente cierto cuando somos pequeños. «Mira, tienes los ojos de tu madre y la nariz de tu abuelo.» Escuchamos todas las opiniones de nuestra familia, de nuestros profesores y de los niños mayores del colegio. Vemos nuestra imagen en esos espejos, estamos de acuerdo en que eso es lo que somos, y tan pronto como estamos de acuerdo, esa opinión pasa a formar parte de nuestro sistema de creencias. Poco a poco todas esas opiniones modifican nuestro comportamiento, y en nuestra mente formamos una imagen de nosotros mismos según lo que otra gente dice que somos: «Soy guapo; no soy tan guapo. Soy listo; no soy tan listo. Soy un ganador; soy un perdedor. Soy bueno en esto; soy malo en aquello».

Llega un momento en el que todas las opiniones, las de nuestros padres, las de nuestros profesores, las de la religión y las de la sociedad nos llevan a creer que necesitamos ser de una manera determinada a fin de ser aceptados. Nos dicen de qué manera *deberíamos* ser, qué apariencia *deberíamos* tener, de qué manera *deberíamos* comportarnos. Necesitamos ser de *esta* manera; no deberíamos ser de *aquella* manera. Y como no está bien para nosotros ser lo que somos, empezamos a fingir que somos lo que no somos. El miedo a ser rechazado se convierte en el miedo a no ser lo bastante bueno, y empezamos a buscar algo que denominamos *perfección*. En nuestra búsqueda, nos formamos una imagen de la perfección, cómo desearíamos ser, pero sabiendo que no somos así, y empezamos a juzgarnos por ello. No nos gustamos y nos decimos: «Mira qué aspecto más ridículo tienes, mira qué feo eres. Mira qué gordo, qué bajo, qué débil, qué estúpido que eres». Aquí es cuando empieza el drama, porque en ese momento los símbolos actúan en contra de nosotros. Ni siquiera advertimos que hemos aprendido a utilizar los símbolos para rechazarnos a nosotros mismos.

Antes de la domesticación no nos importa lo que somos o qué aspecto tenemos. Tendemos a explorar, expresar nuestra creatividad, buscar el placer y evitar el

dolor. Cuando somos pequeños somos salvajes y libres; correteamos desnudos sin timidez y sin juzgarnos a nosotros mismos. Decimos la verdad porque vivimos en verdad. Nuestra atención está en el momento, no le tenemos miedo al futuro ni estamos avergonzados del pasado. Tras la domesticación, intentamos ser suficientemente buenos para los demás, pero ya no somos lo bastante buenos para nosotros mismos, porque nunca podremos cumplir con nuestra imagen de perfección.

Todas nuestras tendencias humanas normales se pierden en el proceso de la domesticación y empezamos a buscar lo que hemos perdido. Empezamos a buscar la libertad porque ya no somos libres de ser lo que realmente somos; empezamos a buscar la felicidad porque ya no somos felices; empezamos a buscar la belleza porque ya no creemos ser bellos.

Continuamos creciendo, y en nuestra adolescencia, nuestro cuerpo está programado para introducir unas sustancias a las que denominamos *hormonas*. Nuestro cuerpo físico ya no es el de un niño y ya no encajamos en la manera en la que vivíamos antes. No queremos oír a nuestros padres diciéndonos lo que debemos hacer y lo que no debemos hacer. Queremos nuestra libertad; queremos ser nosotros mismos, pero a la vez tenemos miedo de estar solos. La gente nos dice: «Ya no eres

un niño», pero tampoco somos adultos. Es una etapa difícil para la mayoría de los seres humanos. Cuando somos adolescentes, no necesitamos que nadie nos domestique; hemos aprendido a juzgarnos a nosotros mismos, a castigarnos y a recompensarnos de acuerdo con el mismo sistema de creencias que se nos brindó y utilizamos el mismo sistema de castigo y recompensa. Quizá la domesticación pueda ser más fácil para las personas que estén en unos lugares del mundo y más difícil para aquellas que estén en otros, pero en general, ninguno de nosotros tiene la fortuna de escapar a la domesticación. Ninguno de nosotros.

Finalmente, el cuerpo madura y todo vuelve a cambiar de nuevo. Empezamos a buscar otra vez, pero ahora cada vez más y más; lo que estamos buscando es nuestro propio *yo*. Buscamos el amor porque hemos aprendido a creer que el amor se encuentra en algún lugar fuera de nosotros; buscamos la justicia porque en el sistema de creencias que nos han enseñado no hay justicia; buscamos la verdad porque sólo creemos en el conocimiento que hemos almacenado en nuestra mente. Y, por supuesto, seguimos buscando la perfección porque ahora estamos de acuerdo con el resto de los seres humanos en que «nadie es perfecto».